

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA [300]

Meditación – 2024

Queridos amigos, soy el padre Ángel Espinosa de los Monteros. Es un placer compartir con ustedes estas meditaciones dentro de los Ejercicios Espirituales. Estamos en esta última semana: La Resurrección; y yo quisiera comentar con ustedes concretamente la aparición a María Magdalena. Lo voy a tomar del Evangelio de San Juan, Capítulo 20, versículos 11 al 18.

Jesús se aparece a María Magdalena.

«Estaba María llorando fuera junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro; y ve dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera, y otro a los pies, de donde había estado el cuerpo de Jesús. Dícenle ellos: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella les responde: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se volvió, y vio que Jesús estaba allí; pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: “Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré”. Jesús le dice: “¡María!”. Ella le reconoce y le dice en hebreo: “¡Rabbuní!” (que quiere decir Maestro). Dícele Jesús: “*Déjame, que todavía no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y díles: ‘Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios’*». Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: “He visto al Señor”, y que le había dicho estas palabras». **(Jn 20, 11-18).**

1. MARÍA MAGDALENA

Este evangelio es precioso y tiene muchísimas enseñanzas. Simplemente pensemos que la primera persona, imaginamos después de María, la madre del Señor, la primera persona a la que se le aparece, antes de Pedro, antes que a Juan, antes que a los Apóstoles, antes que a nadie; imaginamos que a María, -Su Madre, no está escrito en ningún Evangelio-, e inmediatamente a María Magdalena, que había sido una mujer de la cual habían expulsado siete demonios, no sabemos cuáles. Hay gente que la confunde con la prostituta, no se dice de ella eso. Es la mujer de la que habían salido siete demonios, probablemente los siete pecados capitales, no lo sabemos.

Pero además, era mujer. Hoy, en este mundo, prácticamente, ya completamente igualitario, no tendría ningún significado; pero regresémosnos 2000 años: Jesús se le apareció antes a una mujer que a los demás Apóstoles.

María Magdalena es Apóstol de los Apóstoles. María Magdalena le lleva la noticia a los Apóstoles: «He visto al Señor»; y ya ellos después salen corriendo a buscar al Señor.

2. JESÚS EN LA SANTA MISA

Entonces, el primer dato:

Jesús prescinde completamente de lo que eran las normas, las situaciones. Es un hombre que tiene discípulos hombres y mujeres; se hace seguir, dice el Evangelio, por una serie de mujeres. La parte más hermosa de este Evangelio, ¿cuál es?: María, desafiando a los soldados, desafiando a todos, a que fuera golpeada en la calle. ¡Cómo era su amor por Cristo!, que se presenta sola en el sepulcro, para cambiarle a nuestro Señor los aromas, las bandas, para ver cómo estaba el cuerpo. Se presenta sola ante el Señor. Cuando llega, se da cuenta de que ya no está. Ya ha resucitado, la piedra está movida, ve a estos Ángeles y después ve al mismo Jesús.

¿Cómo no lo reconoció? Probablemente Jesús estaba con su vestido, con una capucha, se estaba cubriendo de alguna manera el rostro. No había hablado o sí había hablado, pero nada más le dijo: «*Mujer, ¿por qué lloras?*»; probablemente a una cierta distancia. El hecho es que María no lo reconoce hasta que escucha su nombre. Un hortelano no tenía por qué saber el nombre de María. Cuando Jesús le dijo «*María*», ella inmediatamente se da cuenta que es Él; probablemente usó el mismo tono con el que la llamó la primera vez, cuando la encontró, cuando la liberó de esos siete demonios: «*María*». Y aquí viene la parte más hermosa cuando, antes de reconocerlo, le dice a Jesús, creyendo que es el hortelano: «Si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a llevármelo».

¿Qué es lo que me encanta de aquí? Que tú y yo sí sabemos dónde está Jesús. María ni siquiera iba buscando una persona viva; María iba buscando un muerto, un cadáver, un cuerpo para ungirlo, para venerarlo. Tú y yo, hermanos, nosotros, sí sabemos dónde está Jesús. Si a alguno le pasara por la mente esta pregunta: ¿Dónde está Jesús?, no sabemos dónde está; yo simplemente se los voy a recordar, porque yo sé que ustedes saben dónde está Jesús. Yo solamente se los voy a recordar: Nuestro Señor está en la Santa Misa; todos los días, en cientos de miles de Iglesias en el mundo, se está celebrando la Eucaristía. Jesús baja una vez más. Mientras yo estoy hablando, en este momento, alguien está celebrando la Eucaristía. Se ha calculado que no hay un solo segundo de tiempo en donde Jesús no esté bajando al Altar, de día y de noche. Para mí ahora son las 5:30 de la tarde, para otros serán las 12 de la noche y para otros las 4 de la madrugada. Jesús está continuamente bajando al Altar. ¿Para qué? Por mí. Para ser mi alimento, para darme fuerzas, para que yo lo reciba, para que nunca me sienta solo, para no experimentar jamás lo que experimentó María Magdalena. ¡Qué angustia, qué tragedia! ¡Nos han asesinado al amor de mi vida! ¿Te puedes imaginar, desde el día en que Jesús la liberó del demonio, lo que significó la vida para María Magdalena? No está escrito en ninguna parte; pero, ¡qué impresionante! al pie de la Cruz estaban la Madre de Jesús, María de Cleofás, María Magdalena y San Juan. ¿Dónde estaban los demás Apóstoles? Yo también hubiera corrido, no los podemos juzgar, muertos de miedo, llorando, desesperación. Pedro, con la tragedia en la mente de haber negado al Señor; y estas tres mujeres, concretamente hoy estoy pensando en María Magdalena, ¡cómo sería su amor a Cristo, que ahí estaba en la Cruz!

Bueno, pues ese amor que tenía Jesús, le cambió la vida. Probablemente convivió con ella y con todo el grupo, un año y medio, dos años y medio, no sabemos exactamente cuándo fue el encuentro. ¿En el segundo año de la vida pública de Cristo?, no lo sabemos. Desde aquel entonces, María lo seguía junto con los demás discípulos a donde fuera, seguramente

también con la madre del Señor. ¡Cómo era su amor que estaba en la Cruz! y a ese Amor que tenía, de pronto se lo quitaron. No solamente lo mataron, sino que ahora, además, parecía que lo habían profanado, «se han llevado el cuerpo de Jesús». Para que tú y yo no tengamos esa sensación, esa soledad, ese vacío, Jesús está en todos los Altares del mundo.

3. JESÚS EN LA EUCARISTÍA

Segundo:

Jesús está en la Eucaristía. No es lo mismo la Misa que la Eucaristía. La Misa dura media hora, 45 minutos, una hora; la Misa Solemne, hasta dos horas. La Eucaristía está toda la vida en el Sagrario; es diferente porque yo podría decir ahorita: Quiero ir a Misa, no hay padre, no hay Misa, llegué tarde, ya se acabó. Con la Eucaristía nunca llegas tarde. Hay parroquias de Adoración Perpetua, 24 horas, 365 días del año. Nunca se quita la Eucaristía, y debe haber una cerca de tu casa y, si no estuviera solemnemente expuesta en Adoración Perpetua, seguramente estará encendida la lucecita del Sagrario y está durante todo el día, de 6 de la mañana a 8-9 de la noche, probablemente, que se cierra la parroquia. Ahí está Nuestro Señor, en el Altar principal o en algún Altar lateral. ¿Dónde está Jesús? en la Misa, en la Eucaristía, para escucharme.

4. JESÚS EN EL EVANGELIO

Tercero:

Jesús está en el Evangelio. El Evangelio no es un libro, es una persona viva. Cada vez que yo leo el Evangelio, estoy hablando con Jesús. De hecho, yo estoy cumpliendo ahora, este año, ya 40 años de vida religiosa, con la gracia de Dios; 30 de sacerdocio en noviembre; 40 de vida religiosa desde junio que llegué al Seminario. Cada vez que leo el Evangelio me dice una cosa diferente; no era lo mismo hace 40 años, cuando era yo un novicio. No tenía ni idea de nada, leía el Evangelio, se me ocurrían dos o tres cositas. No es lo mismo hace 30 años que me ordené, hace 10 años, no es lo mismo hace media hora que lo leí preparando esta reflexión. Leer el Evangelio, después de haber invocado al Espíritu Santo, es hablar con Jesús.

¿Dónde está Jesús? En el Evangelio. Si no fuera por el Evangelio, no sabríamos cómo fue Jesús. Sí, un hombre más o menos alto, no sé, alguien lo podría describir alto, bajo, con una voz muy potente, ¡qué sé yo! Pero, ¿qué sabríamos del Buen Samaritano, del llamamiento a los primeros discípulos, qué sabríamos del Hijo Pródigo? No sabríamos nada, no sabríamos que Dios Padre es Amor. Todo está en el Evangelio.

Ni siquiera lo escribió Jesús, lo escribieron Apóstoles y evangelistas. Primero se difundía sin papel, el Evangelio era hablado. Después se puso por escrito porque se pensó: algún día no existiremos nosotros, algún día se puede llegar a tergiversar. Ahora que están vivos los Apóstoles, escríbanlo. Juan escribió, Mateo escribió, y se suman los “secretarios” de Pedro y de Pablo: Lucas que no fue apóstol, Marcos no fue apóstol; pero lo vieron y lo vivieron todo y lo ponen por escrito. Lo oyeron directamente de los Apóstoles.

Pues bueno, ¿dónde está Jesús? En el Evangelio.

Primer compromiso, propósito, que te dejo de esta meditación: no te vayas jamás a la cama sin leer tres minutitos, cinco minutitos, el Evangelio. “¿Para qué, padre? Yo voy a Misa todos los días”. No es lo mismo. Cuando vas a Misa, a veces un niño hace ruido, a veces te estabas confesando mientras se leía el Evangelio y te lo perdiste, te distrajiste. No es lo mismo en Misa que en tu casa; a lo mejor en la noche, con absoluta tranquilidad. No tengo nada que hacer más que hablar con mi Señor y conocerlo mejor. Además, el Evangelio durante la semana se va interrumpiendo porque puede haber Fiestas, Mártires, etc., y entonces cambian las lecturas. Yo te invito a leértelo así: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Hechos de los Apóstoles, y volver a empezar. Ojalá te hayas leído el Evangelio ya 200, 300 veces; que lo lleses aquí (en la mente) y que lo lleses acá (en el corazón). No conocer el Evangelio es no conocer a Dios.

5. JESÚS EN LA CRUZ

¿Dónde está Jesús?, pregunta la Magdalena. En la Cruz. No en la Suya, de la Suya ya se bajó. Ya lo bajamos hace 2000 años. Jesús está en mi cruz, en la mía. Ahora soy yo el que está crucificado en esta vida. Unos, problemas de salud; otros, económicos; otros, soledad; otros, hambre; otros, injusticias. Todos tenemos una cruz. Nos dice Jesús: *«El que quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y que me siga»*.

Es verdad que me ha tocado ver, en estos años de vida, gente que parece que tiene todo arreglado: tienen 80 años y tienen un dineral, tienen salud; vive la esposa, el esposo, tres hijos, 10 nietos, tienen casa, casa en la playa, casa en otro país. A veces uno los ve y dice: “Dios mío, a este no le tocó cruz”. Sólo Dios sabe. A veces las cruces son más evidentes. Imagínate: tengo un hijo que nació con capacidades diferentes, lo voy a tener que cuidar toda la vida; me dejó mi marido; me dejó mi mujer, ¡qué soledad!, ¡qué humillación!, ¡qué problema! Traigo un problema tremendo en la rodilla, camino muy mal; me quitaron un pulmón. Podríamos poner una cantidad de ejemplos, de cruces que se ven evidentes, pesadas. La gente dice: “Padre, no sabe cómo ha sufrido esta mujer”. Es hasta público, se sabe. Otros no; otros los ves y a lo mejor hasta un poquitín de envidia te causan. Nadie se llame feliz hasta el final de su vida, hay algunos que parece que todo está perfecto y cuando llega la ancianidad...

«El que quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y que me siga».

¿Dónde está Jesús? En mi cruz, cuando la llevo con amor, sin quejarme.

No vayas a echar a perder los méritos que Dios quería darte hablando de tu cruz, quejándote, echándole en cara a Dios: ¿Por qué me mandaste esto? Abrázala con amor, abrázala con amor. Sí puedes decir como dijo Jesús: *«Señor, si quieres, que pase de mí este cáliz»*; ya estoy muy cansado, ya son muchos años con esta cruz; *«pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tío»*. Hasta el mismo Jesús, tres veces le pidió a su Padre que le quitara esa Cruz que era inmensa; *«pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú»*.

Entonces, ¡qué belleza!, ¿dónde está Jesús? En la Misa, en la Eucaristía, en el Evangelio, en la cruz.

6. JESÚS EN EL HERMANO

¿Dónde está Jesús? En mi hermano. *«El que dé de beber, aunque sea un vasito de agua, a uno de estos pequeños»*, a mí me lo da. Jesús ha querido identificarse con todos, ¡con todos!; no solamente con las personas que tú amas, desde luego, -tu marido, tu mujer, tus hijos, tus hermanos, un buen amigo, un compañero de trabajo, socio-, y después siguen las personas simpáticas, -es una gozada estar con estas personas-; Jesús también se identifica con los malos, aunque ahí dices: “Este es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo enfermo, ¡qué barbaridad!, ¡es un asesino!, ¡está encarcelado! *«Porque estuve en la cárcel y viniste a verme»*. Jesús podría haber dicho: “Nunca te acerques a un malvado, nunca vayas a ver a alguien en la cárcel” ¡No! “Estaba preso y viniste a verme”. Jesús habló con Pilato, gente violenta, amigo del César, un militar más, opresor de Israel; hablaba con los soldados. Jesús se topó con la hipocresía de los fariseos. A algunos los logró convertir Él directamente; a otros, después de su Resurrección; Nicodemo, José de Arimatea.

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Ahí nos defendió a todos, a todos. ¿Dónde está Jesús? En mi hermano. Te ha pasado que a veces dices: “¡Ay!, ahí está éste otra vez, ese que pide limosna todos los días, está en la esquina; ya no quiero ni verlo, ya no lo soporto. ¡Qué espanto! Éste que está aquí, en estos países, a veces tercermundistas, aventando naranjas en la esquina y pidiendo dinero, aventando unos cuchillos, echando fuego por la boca. ¡Ah!, ya no quiero ni verlo, siempre me pide dinero.” Te cambio lugar. ¿Te imaginas que tú fueras ése?. ¿Te imaginas que tú hubieras nacido, literalmente, en la calle?. ¿Te imaginas que fueras tú el que no tiene educación?. No vuelvas a “ningunear” a una persona. Evidentemente, no estás obligado a darles dinero a todos los que te encuentras en la calle. ¡Hasta en Estados Unidos te piden dinero en la calle! Yo, que viví en Roma, gente extracomunitaria, te pide dinero en la calle. ¡Ya quién se salva! No los evites, no siempre les tendrás que dar. A veces no puedes; a veces nada más les darás una sonrisa, una mirada; a veces, la mano. A veces sí podrás colaborar y ayudarlos por lo menos para que coma hoy.

¿Dónde está Jesús? En mi hermano.

7. JESÚS EN LA IGLESIA

¿Dónde está Jesús? pregunta la Magdalena. En la Iglesia, es la Cabeza de Su Cuerpo Místico. ¡Qué belleza pertenecer a la Iglesia Católica! La única fundada por Jesús mismo. Las demás, las hicieron, las rompieron, las dividieron, los hombres. Ya es una riqueza ser cristiano, ser católico.

¿Dónde está Jesús? En su Iglesia. *«Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos»*. ¿A quién se lo dijo? A los que lo seguían, a esa pequeñita Iglesia que Él dejó. El día de Pentecostés, ahora sí, ya 5000 personas de golpe se convertirán; y pocos días después, otros 3000, 4000. La Iglesia creció inmediatamente y los convertidos eran los judíos. Dicen, ¿por qué nunca se convirtieron los judíos? Claro que se convirtieron, no todos y no todos el mismo día. Los judíos eran los Apóstoles. Los judíos eran José de Arimatea, Nicodemo. Todos ellos eran judíos. El día de Pentecostés todos son judíos. Ya después vino la apertura de la puerta a todos los gentiles.

¿Dónde está Jesús? En su Iglesia. *«Yo estoy con vosotros».*

8. JESÚS EN LOS SACRAMENTOS

¿Dónde está Jesús? En los sacramentos. Cuando te vas a confesar, ves a un hombre. Yo también me confieso y soy sacerdote. Yo también necesito pedir perdón por mis pecados. Sí, te arrodillas o te sientas al lado de un hombre, pero yo no soy quien te perdona; es Dios quien te perdona. Se nos pide un acto de humildad: decirle los pecados a un hombre probablemente tan pecador como tú. Pero no es un encuentro con un hombre, es un encuentro con Jesús. Le estás pidiendo perdón a Dios. Al sacerdote no lo has ofendido. Como cuando vas al banco a pagar la luz, la señorita que está ahí, el joven que está ahí, simplemente te dice: “Debes tantos dólares, euros o pesos”. No le debes a ella nada, le debes a la compañía Federal de Electricidad. Las comparaciones siempre son más o menos así. Incluso la señorita no te podría regañar. ¿Cómo te va a regañar? Ella no es dueña de la luz, ella nada más te dice: “Traes cuatro meses de retraso; o pagas ahora todo o vas a recibir una sanción”. Pero no es ella la dueña de la luz. Los sacerdotes somos simplemente ministros representantes de Cristo. Claro, nos preparamos para ayudarte lo mejor que podamos.

¿Dónde está Jesús? En los sacramentos. Está en la Eucaristía, está en la Confesión, está en el Bautismo, está en la Confirmación. Estuvo en las Bodas de Caná y estuvo en tu boda. Estuvo en tu boda el día que te casaste y quiso estar ahí presente para bendecirlos a ti y a tu esposa. ¿Dónde está Jesús? En los sacramentos, en la Unción de los Enfermos y en el Orden Sacerdotal. Jesús está presente en todo.

9. JESÚS EN EL CLERO

¿Dónde está Jesús? En el Papa, los obispos, los sacerdotes. *«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos».* *«Quien a ustedes recibe, a mí me recibe; y quien me recibe a mí, recibe al que me envió».* ¿A quién se lo dijo? A los Apóstoles. ¿Quién siguió? Los siguientes Papas, los diversos obispos y todo sacerdote, ministro de Cristo. ¿Dónde está Jesús? Y por tanto, obediencia al Papa, obediencia a los obispos, buscar a los sacerdotes para recibir los sacramentos.

CONCLUSIÓN

Imagínate, María iba a buscar un cuerpo muerto, un cadáver, destrozado, probablemente ya ni pensaría que habría sangre, porque a Cristo casi le sacaron toda la sangre. Incluso al final, cuando le dan la lanzada, salió sangre y agua, lo poco probablemente que quedaba. Nos dio todo: flagelación, coronación de espinas, golpes en la cara, golpes en las piernas. Se cayó en el viacrucis, los clavos, tres horas colgado. ¿Le quedaba sangre a Nuestro Señor? Pues María Magdalena venía a encontrarse un cuerpo así y venía con un amor... ¿Cómo es posible que tú y yo, que no venimos buscando un cuerpo muerto, ni un cadáver; yo voy a Misa a encontrarme con mi Señor vivo, voy al Evangelio a buscar a mi Señor vivo, cargo mi cruz con un Cristo que me ayuda, siento Su Mano que me ayuda a levantarla todos los días, con Su Palabra, con Su Gracia, con Su Fortaleza, con los dones que me envía a través del Espíritu Santo y con Sus frutos. ¿Cómo es posible que no lo busque yo con toda mi alma?

Ellos tuvieron la gracia de verlo. Me hubiera encantado a mí ver a Jesús; pero, ¿quién ha visto más?, ¿quién vio más? ¿Pedro, Juan, Santiago, la Magdalena o yo? Ellos lo vieron momentáneamente; después, lo dejaron de ver; y, después, no vieron más que persecuciones. Lo sentían en su interior, lo habían visto, tenían la certeza, lo vieron elevarse al Cielo. Las siguientes generaciones no nos tocó verlo ni tocarlo; ¡pero nosotros hemos visto 2000 años de Iglesia! «*Id por todo el mundo*». Lo hemos cumplido. La Iglesia Católica está hasta en la última isla en este mundo. Eso no le tocó verlo a los Apóstoles; a nosotros sí: un templo en cada esquina, millones y millones de Biblias impresas, todo el mundo con el Jesús en la boca, a veces como enemigo, a veces como amigo, a veces como Señor, a veces con una indiferencia.

¡Qué pena! Nunca digas “¡qué pena que no me tocó conocer a Jesús!”. Probablemente, tú y yo lo conocimos mucho mejor que los mismos Apóstoles y que muchos discípulos que sí lo vieron un par de veces en el Sermón de la Montaña, ¡qué maravilla!; pero no tenían lo que nosotros tenemos. Además, Jesús me habla en la Eucaristía, me habla en mi conciencia, me habla en el Evangelio, me habla con los Santos. Hay cosas que sabemos de Jesús que nos las han transmitido Santos que vieron a Jesús, Faustina Kowalska, Santa Margarita María de Alacoque; y no sabemos a cuántas otras personas Nuestro Señor se les haya revelado, se les haya mostrado. La experiencia de Teresa de Jesús y la de Teresa de Calcuta y la de San Agustín y la de Ignacio y la de Francisco, todo complementa. Entonces, María venía con un amor, buscando un cuerpo muerto; y yo, que tengo ese cuerpo vivo, Iglesia viva, 2000 años de Iglesia de amor, de misiones, ¿cómo puedo ser indiferente?

Yo quisiera que hoy todos al terminar esta meditación, que se van a ir a rezar ya, cada uno otro ratito, se pregunte ¿dónde está Jesús? Y diga como María Magdalena: «díganme dónde está y yo iré a buscarlo».

Ya te recordé, porque ya lo sabías. Yo sólo te recordé dónde está Jesús. Ahora, corre, corre a buscarlo en la Misa, a inscribirte a Adoración Eucarística, a comprarte tu Evangelio si no lo tienes y ponerlo en tu mesita de noche para que nunca te falten los 5 minutos de Evangelio. Cómprate una cruz y llévala en el pecho, sí; pero, sobre todo, lleva, cargándola con amor, la cruz que solamente tú sabes que tienes, y sal corriendo a amar a tus hermanos. Ya lo haces. Así como no te vayas a la cama sin 5 minutos o 3 minutos de Evangelio, no te vayas a la cama sin hacer un acto de caridad al día. ¿Padre no es una exageración? Pero por supuesto que se puede: a veces será limosna, a veces será acompañar al médico a tu suegra, a veces será regalarle un cobertor a una persona que está en la cárcel, a veces será un WhatsApp, un Facetime, una llamada, un consejo. Ahí están las catorce Obras de Misericordia, corporales y espirituales, desde enterrar a los muertos hasta dar un consejo, hasta enseñar al que no sabe. Un acto de amor al día, ¿por qué?, porque Jesús está en mi hermano.

Vive los sacramentos y ojalá que estés muy cerca de los pastores, auténticos pastores. María buscaba un cuerpo muerto, tú busca a este Jesús vivo.

Que así sea.